

# Pensamientos desde el cuarto al lado de la cocina

SERGIO ALBERTO SIERRA ARANGO



Esperancita se fue un sábado por la tarde. Creí haber olvidado aquel momento, pero resulta que está presente en mi mente, aún cuando ya pasaron casi diez años. Recuerdo cómo, desde la ventana, vi a dos hombres ayudar a Esperancita a subir los últimos muebles y maletas que representaban todo su patrimonio. Algunos de esos muebles habían pertenecido a un miembro de la familia y conforme el tiempo pasaba terminaron en el cuarto de Esperancita, donde ella los revivía con una capa de pintura o alguna tela de flores que pegaba con sumo cuidado. Una vez todo estuvo acomodado en el desbaratado camión, ella se montó en la parte delantera junto con los hombres de la mudanza, el camión se encendió y tras desprender una estela gruesa de humo negro, avanzó sin que ella se volviera hacia atrás. Cuando el camión se perdió en la esquina, supe que Esperancita jamás volvería y que parte de mi infancia se había ido empacada con ella.

Han pasado casi diez años desde aquella despedida, y aún recuerdo la tristeza que me invadió al entrar a su cuarto vacío al lado de la cocina. Aquel cuarto, lejos del resto de la casa, se convirtió por muchos años en el refugio perfecto al control parental durante la niñez, en una casa invadida por adultos. Allí yo podía ver televisión de cerca, comer en la cama o dormir por horas, mientras Esperancita absorta en parte en el trabajo doméstico pero con un oído y un ojo puesto en mí todo el tiempo, pasaba por alto mis pilatunas, las que yo tenía prohibidas en el resto de la casa. Nunca pude saber a ciencia cierta quién era Esperanza. Con la ingenuidad propia de la niñez, no entendía, por qué su color de piel era diferente al mío, sus trenzas largas que, con cierto horror y curiosidad yo veía como cambiaba cada tres meses en un ritual casi sagrado, eran distintos al cabello de mamá o de mi hermana. Con insistencia yo preguntaba cada vez que tenía oportunidad, por qué Esperancita era más oscura que el resto de la familia, a lo

que ella respondía con una gran sonrisa y una mano en la cadera, tratando de buscar las palabras correctas para explicarme cosa que ahora que lo pienso nunca llegó a hacer.

“...Esperancita es como de la familia...”, dijo una tarde mi abuela a sus amigas, al referirse a la mujer que en la cocina servía el café para la visita. Detalles de aquella conversación hoy no tengo presente, supongo que las mujeres hablaban sobre las cualidades y defectos del servicio doméstico, lo importante que es la honradez y una buena sazón en las mujeres que trabajan para ellas o lo difícil que es confiar la crianza de los niños en otras mujeres. Trato de completar aquel recuerdo con apartes de conversación sobre el tema que a menudo escucho en conversaciones parecidas.

El hecho de que la abuela mencionara a Esperancita como parte de la familia llamó mi atención. Yo crecí con Esperanza, conocí sus anécdotas y tristezas, y ella las mías. Esperanza hizo las veces de niñera, enfermera, amiga, cocinera, y madre, durante toda mi infancia y la de mis primos, así como durante la vejez de mi abuela. Para mí ella era de la familia, omitiéndole el “cómo” que yo había escuchado en aquella charla social.

Hoy pienso que realmente nunca logré conocer la historia completa de Esperanza. Sólo cuando empecé a indagar entre la familia, nos dimos cuenta, que aún cuando Esperancita estuvo más de treinta años en la casa, cuidando bebés en sus primeros días de nacidos y a los viejos en sus últimos momentos de lucidez, nunca nos tomamos el tiempo de aprender más de ella. Esperanza se fue sin poder contar oficialmente su historia. Los pocos retazos de su historia que tengo los saqué de comentarios tirados al aire en conversaciones banales, como quien no quiere ser escuchada, comentarios que salían por pedazos mientras me acompañaba en las tardes después del colegio o, mucho después, cuando la visitaba en su casa.

*Siempre se preguntó sobre su lugar en esa casa, llena de gente tan extraña al principio, pero que después empezó a considerarla como los suyos*

Disfruto mucho las visitas, ya que además de volver a probar sus inconfundibles platos, que aunque altos en grasa y harinas son un deleite al paladar, me permite pasar tiempo en su casa, la cual tal vez sin querer tiene la misma impronta de aquella casa que tengo tatuada en la memoria. Los muebles mucho más deteriorados de cómo se fueron en aquel camión de la mudanza, rematados con las carpetas croché que hacia la abuela, son la base de portarretratos de plástico con fotos. Allí me reconozco junto a mis primos cuando éramos pequeños, a las tías y a mamá cuando aún eran solteras, o a los abuelos cuando aún tenían fuerzas para llevar la vida. Esperanza me reconecta con esos sentimientos de familia, que a veces olvidamos que existen, pero que ofrecen gran placer. Debo reconocer que en las últimas visitas a su casa, noté que en ninguna de las fotografías familiares, la figura de Esperanza se distingue, simplemente ella no fue parte de aquellos momentos, porque tal vez estaba ocupada barriendo, planchando o simplemente viendo aquella escena familiar desde la cocina.

Hace unos meses cuando le comenté sobre la idea de mi proyecto de grado, donde quería contar la historia de su niñez en mi casa mientras trabajaba en la familia, su cara no fue de completa aprobación. Le preocupaba lo que yo pudiera decir sobre ella y la relación con mi familia. “La ropa sucia se lava en casa”, me dijo, sin despegar los ojos de la costura en la que estaba trabajando. Mucho me costó convencerla de que más allá de revelar infidencias familiares, yo buscaba resaltar de alguna forma el papel que tiene la mal llamada “empleada

doméstica” en la vida de las familias y de los niños que como yo, nos criamos con ellas. Mis recuerdos hacia Esperancita son confusos. Por un lado recuerdo con gran cariño sus mimos exagerados cuando me sentía enfermo, sus esfuerzos para que yo comiera todo lo que estaba servido en el plato, sus lágrimas genuinas cuando yo era fuertemente castigado y ella me consolaba (o me malcriaba, aún no me es claro), y las noches en vela cuando los más pequeños nos enfermábamos, o las mayores deliraban en su postración final. Por otro lado, sentí profunda vergüenza por las tardes en que pudo salir a la calle como cualquier persona y debía cuidar de mí, mientras mis padres trabajaban, así como la nostalgia que le producía hablar sobre su pueblo, su familia o sus amigas que, a kilómetros de distancia la esperaban una vez al año, cuando ella podía sacar el tiempo para visitarlos.

Esperancita ayudó a criar a cuatro niños, enterró a tres abuelos y sirvió en decenas de bautizos, matrimonios y otros sacramentos que ameritasen un evento social. De los cumpleaños y otras celebridades, perdimos la cuenta mientras comíamos pan con chocolate en las interminables visitas que yo le hacía. Lo más paradójico es que ella no tuvo tiempo para tener sus propios hijos, ni enterrar sus propios muertos, y fueron muchas las celebraciones personales que por el luto y diferentes motivos, tuvo que posponer. Nunca se sentó en la mesa del comedor principal y fueron muy pocas las ocasiones en las que pudo disfrutar de ser el centro de atención de las personas que con ellas vivíamos, en algún momento estos pensamientos me llenaron de coraje y em-

pecé a faltar a nuestras habituales tertulias en su casa. No había pasado mucho tiempo, cuando ella me hizo saber la extrañeza que le causaba mi ausencia inesperada.

Decidí volver a su casa para plantearle mi frustración y mi enojo, a lo que ella, con esa sonrisa grande que tiene, me hizo saber algunas de las cosas que pensó cuando aún era una niña y dormía en aquel cuarto al lado de la cocina. Siempre se preguntó sobre su lugar en esa casa, llena de gente tan extraña al principio, pero que después empezó a considerar como los suyos, mientras su corazón se dividía en dos. Una parte se quedó con su madre en el Chocó, con su monte y su mar, con sus necesidades y sus raíces, pero otro se empezó a incrustar en esos pisos que ella encerraba todos los martes, o en esas risas de los niños que ella vio recién nacidos en las cunas de los hospitales y que conforme iban creciendo empezó a ser responsable de sus cuidados. Por un lado era cierto que hubiera matado por salir tanto como salían sus amigas del colegio nocturno, pero me confesó que muchas veces, cuando se estaba arreglando para salir, algún cólico infantil, una raspadura o un simple llamado por un almuerzo a destiempo la habían convencido de volver a ponerse el delantal y posponer la salida. Me dijo también, que crió cuatro niños como si fueran suyos aún cuando bien sabía que apenas llegaran las seis, los niños empezaban a irse conforme llegaban los tíos y padres por nosotros. Nos descalzaba apenas llegábamos del colegio, y nos llevaba al parque a jugar y correr como ella estaba convencida hubiera hecho con sus hijos allá a la orilla de ese mar chocoano que había dejado. Si bien había pasado meses junto a la cama de los viejos, cuando su final se acercaba, ayudándoles a respirar, bajándoles la fiebre con paños de agua húmeda o simplemente ubicándolos cuando saltaban en los años y se perdían en sus propios recuerdos, sentía que con esto ella rendía tributo a su madre, a su padre y sus abuelos, que le habían enseñado la

capacidad de asistir al enfermo, al vecino, al compadre regida por una profunda sensibilidad fraterna que solo se lograba al crecer en un pueblo con una sola calle. Ella había visto cómo su madre había hecho lo mismo por vecinas y parientes lejanos que llegaban en busca de reposo o de un lugar final donde morir. Esas noches en vela con los enfermos de mi familia le permitían comunicarse con los suyos, recordar viejas formas de sanación del monte y conectarse con los que ya se habían ido. Cuando notaba que el momento final se acercaba, aprovechaba para despedirlos de la forma más cariñosa y compasiva que conocía. Ahora pienso, que los abuelos paisas dejaron este mundo al son de melodiosos arrullos negros.

Todos estos pensamientos que por un tiempo, me confesó, no la dejaban dormir y le provocaban una necesidad impetuosa por llorar, fueron reemplazados con el paso del tiempo y la tranquilidad llegó a su alma. Empezando a disfrutar de las alegrías de la familia, a llorar las tristezas y a tomar cierta autoridad en las decisiones que los críos empezábamos a tomar. Por eso, cuando sintió que la casa empezó a quedar vacía decidió emprender un camino sin regreso a su independencia, a su cuidado propio y a levantar su espacio personal, que reconoce como una extensión de esa familia que la había criado y formado con cariño y disciplina. Fue entonces, cuando me confesó que el día de su mudanza, no volvió a su cara hacia atrás, porque temía que viéramos su rostro empapado en lágrimas.

### **Sergio Alberto Sierra Arango**

Sociólogo y Politólogo graduado de la Universidad Icesi. Un apasionado por las historias de familia, el arte y la innovación. Actualmente reside en España donde adelanta sus estudios de Maestría en la Universidad de Extremadura. Este texto hace parte del proyecto de grado “Historias de vida de Niñas empleadas Afro en Cali: Relaciones de Crianza y Trabajo”.